

“Todo lo puedo en aquel que me conforta”

Hay momentos en la vida en los que nos sentimos contentos, llenos de fuerza y todo nos parece fácil y ligero. Otras veces nos sentimos aplastados por las dificultades que amargan nuestros días. Puede ser debido a pequeños fracasos cuando hemos tratado de amar a quien está a nuestro lado o a la imposibilidad de compartir con los demás nuestro ideal de vida

NO NOS SINTAMOS SOLOS

Lo que más nos pesa en estas circunstancias es sentirnos obligados a afrontar solos las pruebas de la vida y no encontrar el apoyo de quien puede ayudarnos.

Pocas personas como el apóstol Pablo han vivido con tanta intensidad las alegrías, los dolores, los éxitos y las incomprensiones.

¿Era un superhéroe?

PARA ÉL TODO ES POSIBLE

También S. Pablo se sentía débil, frágil, inadecuado pero poseía un secreto que confió a sus amigos: **“Todo lo puedo en aquel que me conforta”**. Había descubierto en su propia vida la presencia constante de Jesús. Incluso cuando todos lo habían abandonado, Paolo nunca se sintió solo: Jesús estaba a su lado.

NUESTRO GRAN SECRETO

Todo lo puedo cuando acojo y pongo en práctica las palabras del Evangelio: me ayudan a discernir el camino que tengo que recorrer día a día, me enseñan cómo tengo que vivir, me dan confianza.

Todo lo puedo cuando vivo en comunión con los demás porque Él viene en medio nuestro y me siento respaldado por la fuerza de la unidad.



¡ ES MUY IMPORTANTE COMUNICAR!

M. es un compañero de clase con el que me era difícil la relación. Hace algunos años que trato de vivir la Palabra de Vida pero me era imposible ver en él a una persona a la que tenía que amar, como nos dice el Evangelio. Como sabía que yo era católico se divertía hablando mal del cristianismo, cuanto más me ponía a la defensiva más se divertía burlándose de mí.

Como veía que no me gustaba que me tratara así insistía aún más y sus ofensas no eran sólo contra mi religión sino también contra mi persona. No lo soportaba y cada vez que llegaba a clase no sabía cómo hacerle frente. Una vez durante el recreo estaba dispuesto a hacérselo pagar incluso con la violencia. Afortunadamente un amigo mío me frenó. Confieso que me arrepiento de este momento porque no me reconocía a mí mismo.

Me sentía muy triste y comprendí que esta situación no la podía vivir solo. Decidí comunicarla al grupo con el que tratamos de vivir la Palabra de Vida y les pedí que me ayudaran.

Cuando hablé con ellos advertí que era una ocasión en la que se ponía a prueba mi fe.

Con la fuerza del grupo comprendí que tenía que estar dispuesto a “presentar la otra mejilla”. Se hacía más fuerte en mí la decisión y el compromiso de devolver bien por mal.

La relación con M. ha cambiado y, aunque a veces sigue criticándome, trato de ver en esta situación el dolor que Jesús ha vivido cuando se burlaban de Él. Esto me da nuevas fuerzas junto con la unidad y las oraciones de mis amigos del grupo.